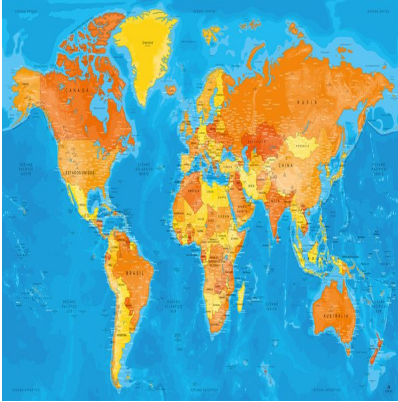




El rey del mapamundi, por Frei Betto.

Description

El sol de la tarde se filtraba a raudales por la ventana, dibujando rectángulos de cálida luz sobre la alfombra azul marino de la habitación. En ese espacio iluminado, un niño estaba absorto en su rompecabezas de mapamundi. Las piezas estaban esparcidas por el suelo de la espaciosa habitación. En el centro, Norteamérica encajaba a la perfección. Sentado con las piernas cruzadas, su cabello rubio y despeinado reflejaba la luz, estaba Donny, de ocho años, con la mirada fija en las coloridas piezas.

Su madre, Mary Anne, observaba desde la puerta, con un vaso de jugo en la mano. Notó la tensión en los hombros de su regordete hijo, esa rigidez que siempre surgía cuando el mundo, en su inmensa injusticia, no se atrevía a doblegarse a su voluntad.

—Donny, ¿jugo?, le ofreció al entrar en la habitación.

—Luego- respondió él, sin apartar la vista de las piezas. “Estoy terminando el mapa del hemisferio occidental”. Mary Anne estaba sentada en la cama, a una distancia prudencial del rompecabezas extendido sobre la suave alfombra.

—¿Y los demás países?

—Son míos también.

—Entiendo-, dijo la madre, tomando un sorbo de jugo. “Juanito está abajo, ¿sabes? Vino a jugar contigo”.

La mención del nombre hizo que Donny arrugara la nariz, como si oliera algo agrio. Juanito, el vecino moreno de siete años, era un intruso en potencia.

Su presencia significaba compartir con el hijo de inmigrantes mexicanos. Y compartir era un concepto que Donny consideraba insoportable, una grave falla en la organización del universo.

—Puede jugar con sus cosas. Las mías son mías.

—Donny, cariño, vino a jugar contigo. No trajo sus propios juguetes. La diversión es jugar juntos.

—Juego mejor solo. Nadie arruina las cosas, nadie cambia las reglas.

Mary Anne respiró hondo. Ese era el quid de la cuestión: las reglas. Las de su hijo eran absolutas, intocables y cambiaban según su conveniencia. Las reglas del mundo exterior eran flexibles, aburridas e insoportablemente

democráticas.

—Pero no siempre es bueno jugar solo. A veces, tener compañía, compartir ideas...

—Mis ideas son mejores—, interrumpió, mirando finalmente a su madre.

Sus ojos claros brillaban con la convicción absoluta de los tiranos y los niños malcriados.

—Juanito quiere que Groenlandia se quede con Dinamarca. Qué tontería. Esa isla nos pertenece a los estadounidenses. Además, ganó la medalla en la escuela por su ensayo sobre la paz, y yo merecía ganar.

—Pero, hijo, el profesor consideró que su trabajo era el mejor de la clase.

—El mío era mejor. Al menos debería haberme dado la medalla. Y no quiere admitir que el Golfo de México es nuestro. Insiste en que pertenece a su país.

—Quizás tu amigo quiera compartir mejor el mundo. Es una idea diferente, no una estupidez.

—¡Es una estupidez, y no me hará cambiar de opinión! —Alzó la voz, cargada de una ira repentina y desproporcionada. Apretó los puños.

— ¡Es mi mundo! ¡Son mis juegos! ¡No puede venir aquí y querer poseerlos!

—No quiere poseerlos, hijo. Quiere ser tu amigo. Participar. Cuando vas a su casa, juegas con sus juguetes, ¿no?

—Es diferente.

—¿Por qué es diferente?

— ¡Porque lo es! —rugió, y la pieza del Golfo de México encajó con Florida. Fue un acto de rebelión contra la lógica insoportable que su madre insistía en presentar.

Mary Anne dejó que el silencio se instalara un momento. El rectángulo de sol sobre la alfombra se había movido, trepando por el lateral del armario.

—Hijo, ven aquí —dijo en voz baja.

—No quiero.

—Ven aquí. Siéntate a mi lado.

A regañadientes, arrastrando los pies como si llevara grilletes, Donny se apartó unos centímetros del perímetro del rompecabezas y se sentó frente a su madre, con la barbilla aún tercamente levantada.

—¿Sabes qué es la empatía?, preguntó su madre.

Donny negó con la cabeza con recelo.

—Es cuando intentas ponerte en el lugar del otro. Imaginar cómo se siente la otra persona. Inténtalo ahora: ¿cómo crees que se siente Juanito, ahí abajo, esperando a que lo llames para jugar, sabiendo que no quieres compartir nada con él?

Donny miró el mapa del mundo. Su mente ágil trabajaba a toda velocidad. No quería pensar en el vecino. Pensar en su amigo era abrir una brecha. Era admitir que Juanito existía, con sentimientos al mismo nivel que él.

—Él... él debe estar enojado—, murmuró a regañadientes.

—Probablemente. Y triste también. Porque le gustas, y vino aquí esperando divertirse con su amigo. Y su amigo lo trata como... como a un enemigo.

—¡No es un enemigo! ¡Es inferior! — protestó Donny, confundido por su propia lógica volviéndose en su contra.

—Pero así es como tratas a Juanito. Como si fueras el rey y él, un sirviente. A nadie le gusta sentirse así, hijo.

—¡Pero yo soy el rey aquí! ¡Es mi habitación!- la terquedad regresó, alimentada por el pánico a perder el control. La idea de ser rey era poderosa. Renunciar a eso era como desmontar el mapa, pieza por pieza.

— Eres dueño de los juguetes, sí. Pero no eres dueño de las personas. Ni del tiempo de los demás. Juanito no es tu enemigo. Es alguien a quien le gustas. Vino a jugar con su amigo Donny. No con el rey Donald.

El niño se quedó en silencio. Sus puños seguían apretados, pero la ira estaba dando paso a una profunda confusión, más difícil de controlar. La ira era intensa, directa. La confusión, fría, compleja. Su madre decía cosas que tenían cierto sentido, pero ese sentido le exigía bajar del trono. Y el trono era muy cómodo.

—¿Y si arruina mi mapa?, preguntó en un susurro, su último recurso de defensa.

—¿Y si solo lo mejora?, replicó su madre con suavidad. ¿Y si tiene una idea tan genial que el mapa se vuelve aún más interesante? Nunca lo sabrás si no lo dejas. Lo peor que puede pasar es que no te guste. Entonces, con calma, le explicas cómo te gusta jugar. Pero tienes que darle una oportunidad a tu amiguito.

—¡No quiero darle una oportunidad! ¡Lo quiero a mi manera!

—Donny, el mundo no funciona así. En la escuela, tienes que compartir la atención de la maestra, los libros, los crayones. En el parque, tienes que turnarte en los columpios. En casa, compartes la televisión con papá, compartes mi atención con su hermano menor. La vida está llena de divisiones.

—¡Odio las divisiones!-la expresión salió como un suspiro.

—Siempre es “¡quítame!”. Siempre es “¡dáselo a alguien más!”. ¡Nada es solo mío!

Mary Anne sintió un nudo en la garganta. Había una angustia genuina en ese arrebato. Para ese niño intenso, poseer era sinónimo de existir, de sentirse seguro. Cada juguete que salía de sus manos era una parte de sí mismo que se perdía.

—Sé que lo parece, cariño. Pero no es “quitar”. Es “multiplicar”. Cuando compartes un refrigerio con un amigo, se te quita el hambre. Cuando compartes un juego, la diversión puede ser mejor. Lo tuyo sigue siendo tuyo. El cariño que te tengo, por ejemplo, es todo tuyo.

Nadie te lo quita. Pero mi cariño por tu hermano también existe, y no te quita nada. ¿Entiendes?

Donny no respondió. Se miró las manos regordetas. La tormenta interior se reflejaba en su rostro contraído.

—¿Y si...?, empezó lentamente. ¿Y si jugamos primero a un juego que yo elija? ¿Y luego a uno que él elija?

Su madre sintió el impulso de abrazarlo, pero se contuvo. Sería una concesión. Pequeña, frágil, pero lo era.

—Me parece un trato excelente, hijo. Justo. ¿Puedes explicárselo?

—Explícaselo tú.

—No, Donny. La propuesta es tuya. La decisión es tuya. Baja y habla con tu amigo. Ningún rey envía mensajes a través de su mensajero real, ¿verdad?, dijo con una leve sonrisa.

Su hijo la miró y, por primera vez esa tarde, un destello de algo más, no ira ni terquedad, cruzó por sus ojos. Era el orgullo de ser tratado como alguien capaz de una misión diplomática. Era un atisbo de crecimiento.

Donny permaneció de pie con la solemnidad de un embajador. Echó un último vistazo a su mapa, su reino de cartón de colores. Tal vez por una tarde podría ser simplemente Donald, y no el rey. Tal vez el mundo no se derrumbaría por ello.

—De acuerdo—, dijo, y se dirigió a la puerta. Desde allí, gritó a Juanito que subiera.

El chico mexicano llegó, avergonzado, y miró el mapa desconcertado.

—¿Dónde está mi país, Donny? Ahora son todos los Estados Unidos de América. Todo el continente. Y Groenlandia allá arriba. ¿Acaso no era toda América para los indios? Entonces, ¿no era todo lo que está al sur del Río Grande para España?

—Ahora todo tiene que ser nuestro. Incluso la medalla que ganaste debería ser mía.

Juanito se quedó callado, entristecido.

*Frei Betto es escritor brasileño y fraile dominico, conocido internacionalmente como teólogo de la liberación, autor de 60 libros de diversos géneros literarios —novela, ensayo, policíaco, memorias, textos infantiles y juveniles y de temas religiosos.

El Maipo/PL

El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de su autor, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.

Date Created

Marzo 2026